

Javier Tafur

Cantilena

Ediciones La Sílabla

Colección Ocarina

- Javier Tafur
- **Cantilena**
Primera Edición – 1989

©JAVIER TAFUR – Colombia 1989
Ediciones “La Sílabas”
A.A. 1919 Cali – Colombia

Colección Ocarina

Diseño, Carátula y Diagramación:
José Eddier Gómez

Ilustraciones:
Jesús Antonio Patiño Santa
Impreso en los Talleres de “ARTE COLOR”
Cali, Colombia

*...Simplemente confía:
¿no revolotean así
también los pétalos?*

Issa

La puerta abierta,
la luz encendida.
¡Es grato encontrar
al Maestro!

En su huella,
un peso de más: el fusil.
¡Triste verlos partir así!

En las crines del caballo
mide la madre
la ausencia del hijo.

¡Disparos!
¿El llanto
no es el mismo?

Grito.
Gota.
Lágrima calcinada.

Si la abuela ora,
es porque el niño grita;
porque la tía corre,
porque la madre teme que la bala
hiera el bello seno
que alimenta su criatura.
Los hombres ya cayeron.

No doblaron las campanas
sino nuestras voces
obligadas al adios.

¿Nada sucede?
Balas, mosquitos...

Se lo llevaron.
El cielo ajeno; lejano, el ruido.
Desigual, la espera.

Arrinconado
-esperanza de campos
abiertos...-
la incertidumbre corroyendo.

Las hormigas lo recorren.
La novia espera,
en vano...

El parte
da cuenta de los muertos.
Los niños no saben contar.

Si abres la puerta y te vas
mi dicha estará contigo.
Pues quien busca
su destino
merece encontrarlo.

El Dorado
lo ve el hijo del Indio
en la vitrina, descalzo.

Templó el arco de sus nervios;
cuerpo – flecha, surcando
la libertad en los abismos.

Con el alba salí.
El camino no tiene huella.
De regreso leeré mis pasos.

Brisa
en el alma.

Llegué tarde;
la azucena floreció ayer.

Juntos, todo distinto:
era la vida misma.

Solo,
inmerso en mí,
paseo contigo.

Llueve. Arrecia.
No obstante vendrá.

El niño no alcanzó las mariposas;
tendrá mala nota en su lección de ciencias,
mas ellas aún revolotean en el paisaje.

Ansioso esperé al amanecer;
ver abrir las campanillas
de la enredadera.

Escribo.
Soy un pájaro
cantando en la noche.

¡Reconfortante!
ver, en la ciudad,
las golondrinas.

En la algarabía de las aves,
Inesperadamente, las campanas.
No celebran la mañana:
Hubo riña y habrá entierro.

Ni antes ni después;
puntual, abre la orquídea.

La enredadera amanece de un tono
suave, toda ¡cual un ramo!
Por la noche, sus flores en el suelo,
como insectos cansados de seguir
la lámpara del día.

El cucarrón, tranquilo en su rama,
no cambia por nada, la verde
frescura de la fronda.

La tarde se despide
con el rayo de sol
de la cigarra.

Luz y sombra
continúan amarradas
a la misma piedra ancestral
donde el Inca las halló.

Sueño entre el sueño.
La garza,
en el algodonal.

Pasos ligeros
En el techo.
¿El enemigo? ¿El Duende?

El pájaro que parloteaba;
muerto,
en la huerta.

La manta de colores.
¿La loquita dónde andará?

Sencilla flor,
silvestre ofrenda
al eterno luto de la tierra.

En la banca, dos niñas alegres
-vestido de colegio- ríen ingenuas
y me devuelven la paz.

La visita del amigo;
saludable como sol
de la mañana.

No fundes
esperanzas perdurables;
todo está por suceder.

Como llanto de estrella cayó.
El mar guarda el polvo
de las aladas ilusiones.

Queriendo un verso triste
el pulso lleva la mano
lejos de su pena.

He escrito de mi dolor.
Sólo ahora pienso en el duro golpe
que recibió la yegua.

Alegra cantar los pasos
mientras llegamos
a la región del misterio.

Ludivico.
El ruido de las ametralladoras
no era el de tus partituras.

La novia creyó sentir
el llanto del soldado.
Flores negras de la guerra.

La pistola,
el amigo...
El adios.

Alguien
ha lastimado
al día.

Pequeñísima gota de rocío
-lágrima-
para la redondez de la tierra.

Trópico:
Lluvias y sonrisas;
profusión de frutas
sobre el verde campo
fértil de miserias.

Trópico:
la hierba crece en los andenes,
y un río de muchachos

no llega a las escuelas.

Trópico:
en traje de campaña
espanta grillos
y luciérnagas.

Manos invisibles
te levantan
y airean como a un viejo
vicioso pachá.

Manos invisibles
te acercan frutas.

Manos invisibles
procuran por ti;
pero, ten cuidado,
alguna
está girando
la perilla de tu puerta.

Estrellan buques,
aviones, instituciones,
países.

El cuerpo cálido
se enfrió
en sus brazos.

El viento de las hojas
arrastra la vida
-descuaja el árbol.

Sacrificadora,
bella y cruel,
aniquilas con tus
seductores atractivos.
Espejismo, alucinación.
Pasión enternecedora,
pesadilla
diluida en rojo
sobre el sucio andén.
Día sordo.
Y todavía te insinuas
con tus inevitables
encantos.

Debe sufrir muchísimo,
la fuente
para ser inagotable.

¡Libertad!
Ayer te asesinaron
varias veces.

De pronto la luz,
en la habitación
-¡jarabescos de cestería!

El río sangra.
El pié descalzo
Sobre la lata abandonada.

Los delegados
tenían un clavel –de sangre-
en la solapa.

Si lloras
se descubre quien eres;
luego llorarían por ti.

¡Tanta muerte
en cada despedida!

Calcio
-trasunto de esperanzas
caídas.

También el caracol
quiere la paz
en su morada.

El viento policia
barre las cositerias
del vendedor callejero.

Pedaleando bajo el aguacero
impulsa el padre la bicicleta;
en la parrilla, la niña, sonriendo.

Pongo niebla en mi casita de campo,
y paseo por ella, en el recuerdo.

Tanto ha revoloteado, en la ventana,
la alegre mariposa, que ha entrado
a posarse en mi cuaderno.

Grillo trasnochador,
persistes en tu canto
al amanecer.

De la cofa de mesana
se divisa el rubio
caparazón de una cigarra.

¿Qué puede emocionarme
todavía?
Barquitos de papel
en la pileta del colegio.

Dura realidad.
No te seques alma mía.
Reverdece.

Con la constancia
de las nubes
seríamos siempre adios,
si no fuera por el mar
de cada día
que nos regresa
al sueño.

Las caras iluminadas
por una luciérnaga.
Hoy no sale la luna.

A la orilla
del beso, el viento envidioso
apartó tus labios.

Oigo cantar
¿Qué sucede?

Fué sin mí;
será sin mí;
¿Eso es todo?

De la ansiedad silenciosa
quería desprenderse un grito
-en su pecho se ahoga.

El silencio, asesinado;
su sonrisa, perdida.
Los libros –pozo de los tiempos-,
parecen murmurar.

El campesino no está...
Las perdices, confiadas,
rondan la trampa.

Esbelto y hermoso galopa
el semental
ignorando la decisión del mayordomo.

¿Qué voces
cantan en los pájaros?

Camina despacio.
-Se le ha posado una mariposa
al hombro.

La flor de la pitahaya.
Sin duda la más hermosa
de las novias.

La marcha es otra
cuando pían los gorriones.

Gotea y rezuma.
La oscuridad
se congela.

¡Qué aire tan casero
tienen las torcazas abuelitas!

Ladra el perro,
graznan los gansos
¿Pasará alguien?

¡Extraño!
Tengo el polvo del camino
y aún no he emprendido el viaje.

El ciego aprende
a mover las fichas
en el tablero de ajedrez.

Vino a cantar
la palomita guarumera
sobre su tumba.

Hermosa luz;
tesoro de los días
que se desvanecerá mañana.

¡Carros! ¡Carros!
ruidosa época.

Detrás del silencio
piensa el preso,
recuerda y sueña.

Su corazón
tenía nudos
en las manos.

Triste aliento.
Al día gris le pones
una nota alegre, en lejanía.

Menuditas, las hojas del sauce,
sobre la avenida
-sin duda, un tapiz funerario.

Cuando la patria
desangra
hasta la belleza duele.

Las calles platean.
Las habita la lluvia,
amablemente.

Mi sobra
me sigue,
cambia.

Fortuna, en fin,
cesar los pasos...
-sería triste ser eterno.

Desmembrado, despellejado
el viejo sapo cantor
agoniza al sol.

Y si fuera ayudado
por otro,
¿entonces qué?

Si ante el dolor
siempreuviésemos que llorar
¿Podríamos reír?

Oración

¡Alto! –me dije.
Es hora de que el corazón diga sus cosas.
Me detuve, y lo escuché decir:
Oh fuerza Arcana,
oh Indefinible,
en Ti, por Ti,
estoy en este mundo.
Intento ser fuerte;
ayúdame, dame
valor para lo
que he de afrontar.
Que pueda ser simple
y encontrar lo bello,
en cada cosa;
que no me enorgullezca
de vanos atavíos
ni sucumba a las tentaciones
del tener;

que pueda pegar las
alas a las mariposas
caídas;
que pueda revivir
algún pajarillo
y goce de su canto
en la ventana;
que la armonía
acontezca en mí
y sea útil
a quien necesita
cruzar la calle.
Que pueda yo sentirte,
así como la piedra
en el río,
en cada golpe canta,
se hace y se deshace.

Cuando quiso escribir
el recuerdo del amigo,
otro caía.

Anoche ví una estrella fugaz.
Hoy murió el palomo mensajero.
-Sin duda la alcanzó.

Corren y corren cascos
en la luna; al amanecer
las crines aparecerán trenzadas.

Todos se fueron.
Aullo.

El profesor decía
que el soldado desconocido
era el ser querido
de todos,
que cada uno creía
tenerlo, allí, en el monumento.
-El soldado de la II guerra, profesor.
¡¿Cuál recogeremos
de esta?!

Ando por fuera de mi tumba,
Escribiendo versos
¡Cosas de la vida!

La ciudad es una y es otra:
Afuera, transita: de puertas
para adentro, llora.

En la senda lo encontró
y le dijo:
-sigue aunque termines
rendido; el cansancio
es el premio del hombre
de bien.
Ahora comprendo.